

EL «SER» DEL PROFESIONAL DOCENTE: SALUD, TAREA Y RASGOS

Mario Iantorno (SDB)

Mario Iantorno (SDB)

Es Profesor de Filosofía y Pedagogía y Psicólogo Educacional por la Pontificia Universidad Católica Argentina. Se desempeña como Presidente del Consejo Superior de Educación Católica - cargo al que accedió en 1995 - , Secretario Ejecutivo de la Comisión Episcopal de Educación y Director del Centro de Investigaciones para la Educación. A lo largo de su carrera ha realizado distintos aportes a los planes de enseñanza católica tanto en el ámbito nacional como en el latinoamericano.

En esta breve disertación pretendo solamente titular los puntos que considero significativos e interesantes para la redacción de una reflexión más extensa, de modo que se pueda constituir en una oferta para meditar sobre los grandes temas que le deben interesar al que se ha decidido a trabajar en educación. Ellos, entonces, se constituirán en el *cuadro de referencia y de orientación*.

¿Por qué decido elegir este tema sobre el «ser» del profesional docente?

La respuesta estaría en el mismo abordaje del tema. Pero una explicitación previa es pertinente al comenzar. Aquí, a la Academia, venimos a reflexionar sobre educación y, en estas jornadas, sobre la formación de los educadores. Es fácil entender el mensaje: ¿dónde están *los grandes focos de atención* para que sea eficaz y exitosa la transformación educativa que hemos emprendido en un nivel no solo nacional, sino también mundial?

Dos informes de la UNESCO, con cinco lustros aproximadamente de intervalo, insisten en reubicar la educación en el ser del hombre. Que sea nuestro punto de partida.

Desde el informe Faure al informe Delors

En 1972, al entregar su informe titulado *Aprender a ser*, Edgar Faure explicaba que, para ese profundo estudio con fines propositivos más que reflexivos, partieron del acuerdo sobre cuatro postulados para el trabajo:

- 1) *La existencia de una comunidad internacional* (convergencia hacia la solidaridad fundamental de gobiernos y pueblos).
- 2) *La creencia en la democracia* (derecho de cada uno de los hombres a realizarse plenamente y a participar en la construcción de su propio porvenir). Un aspecto clave, la educación no solo impartida, sino también repensada tanto en su objeto como en su gestión.
- 3) *El desarrollo para el despliegue completo del hombre en toda su riqueza y en la complejidad de sus expresiones y de sus compromisos: individuo, miembro de una familia y de una colectividad, ciudadano y productor, inventor de técnicas y creador de sueños*. Este postulado fue tomado por la Comisión Delors, que en 1996 entregó su informe *La educación encierra un tesoro*.
- 4) *La educación para formar a ese hombre completo solamente puede ser global y permanente*. Ya no se trata de adquirir, aisladamente, conocimientos definitivos, sino de prepararse para elaborar, a todo lo largo de la vida, un saber en constante evolución, y de «aprender a ser» (Faure 1973, 16).

O sea, la educación deberá dirigirse a ir descubriendo y consolidando el ser la persona integral, no importa la evolución constante que vaya teniendo el saber. Porque el propósito que preocupaba entonces iba dirigido a «que todos los pueblos puedan acceder a *un cierto nivel de bienestar de instrucción, de democracia*. Ya se apuntaba en los años setenta que

la gran mutación en curso pone en duda la unidad de la especie, su porvenir la identidad del hombre en cuanto tal. Lo que hay que temer no es solo el penoso espectáculo de

graves desigualdades, de privaciones y sufrimientos, sino una verdadera dicotomía del género humano, que se traduciría en grupos superiores y grupos inferiores, en dueños y esclavos, en superhombres y en homínidos (Faure 1973, 23).

En aquellos años ya se asistía al penoso espectáculo donde había que distinguir entre pobres y miserables, una categoría todavía inferior, que emergía en el mundo, incluyendo algunos países de América. Pero aquella dicotomía siguió ahondándose porque constatamos actualmente que en el panorama mundial *ha surgido otra categoría, la de los excluidos, que hace más dramática cualquier reflexión* sobre el estado del mundo y las medidas que se deberán tomar.

Tanto entonces como ahora *se centraba la atención sobre la educación, con sus nuevas connotaciones y demandas*, para dar su aporte insustituible, impostergable y a todos los niveles, tanto de personas como de adquisición de conocimientos y destrezas. Porque, una vez más, la escuela debe recuperar su papel de educadora, de *transmisora de convicciones y valores, además de facilitadora y capacitadora*.

Un recuerdo más del informe Faure nos sirve para ligarlo a nuestro presente: introduce dos nociones fundamentales frente a un sistema educativo que entrega conocimientos parciales para la formación de los seres humanos y la demanda de nueva información y capacitación: *la educación permanente y la ciudad educativa*. Dice el informe:

Si lo que es preciso aprender es a reinventar y a renovar constantemente, entonces *la enseñanza deviene la educación y, cada vez más, el aprendizaje*. Si *aprender es el asunto de toda una vida*, en su duración y en su diversidad, y de toda una sociedad, es preciso ir más allá de la necesaria revisión de los «sistemas educativos» y *pensar en el plano de una ciudad educativa*. Tal es la verdadera dimensión del reto educativo del mañana (Faure 1973,35).

La Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI, establecida a principios de 1993, en la que es invitado a presidirla Jacques Delors, aprueba su informe entre los días 15 y 17 de enero de 1996. En los pilares de la educación que selecciona la Comisión como aprendizajes fundamentales, vuelve a ubicar al que se constituyó en el centro de la recomendación anterior, casi 25 años antes: *aprender a ser*, colocado como coronación de los otros tres aprendizajes recomendados, *conocer hacer vivir juntos y ser*.

Dice reafirmar *enérgicamente* un principio fundamental al elegir el aprender a ser: «la educación debe contribuir al *desarrollo global de cada persona. Cuerpo y mente, inteligencia, sensibilidad, sentido estético, responsabilidad individual, espiritualidad* (Delors 1996, 106). El adverbio posiblemente responde a la constatación del informe del año 1972, que en su preámbulo temía una «deshumanización del mundo vinculada a la evolución tecnológica» (Faure 1973, 31; citado por Delors 1996, 87), temor que se halla ahora agudizado y corre peligro de aumentar todavía más. El informe termina diciendo, en este punto:

La educación es ante todo un viaje interior cuyas etapas corresponden a las de la maduración constante de la personalidad En el caso de una experiencia profesional positiva, la educación, como medio para alcanzar esa realización, es, pues, a la vez un proceso extremadamente individualizado y una estructuración social interactiva (Delors 1996, 108).

Por fin, como pista y recomendación, nos dice:

Aprender a ser para que florezca mejor la propia personalidad y se esté en condiciones de obrar con creciente capacidad de autonomía, de juicio y de responsabilidad personal. Con tal fin, no menospreciar en la educación ninguna de las posibilidades de cada individuo. Memoria, razonamiento, sentido estético, capacidades físicas, aptitudes para comunicar (Delors 1996, 109).

Centro de la educación

¿Dónde centralizo la fuerza educadora? Después de escuchar una vez más las recomendaciones de los informes, no cabe duda que atinamos a trabajar en la dirección correcta y con la perspectiva de una eficacia duradera si orientamos la fuerza educadora centralizándola *en la persona con competencias innatas, potenciales o en vías de adquisición.*

Parecería que uno de los defectos mayores que atribuimos universalmente al sistema escolar vigente en las últimas décadas, y que ha sido causa principal de su obsolescencia, de su poca eficacia en capacitar para la inserción social y para el mundo del trabajo, además del desinterés generalizado que manifiestan los jóvenes educandos, es que ha dirigido su acción a impartir conocimientos o proponer competencias, masivamente, sin preocuparse primero por las personas que deberían asumirlas. O sea, con un gran gasto en recursos educativos, la fuerza educadora miraba a las competencias de las personas y no a las personas mismas.

Y esto así ha sido vivido no solo en el nivel de los alumnos, sino también en el de los docentes y aun en el de los directivos. Si la escuela no baja a identificar a los sujetos del aprendizaje, estableciendo una relación afectiva y efectiva, *el ámbito escolar se convertirá tanto para docentes como para alumnos en uno de los tantos espacios de esta sociedad masificada.* Y allí el individuo tendrá que seleccionar de cada espacio lo que le convenga para poder hacer los contactos donde le parezca que pueda ejercer su capacidad de decisión y de crecimiento.

A la dificultad de relación y sintonía, se le debe agregar *la dificultad de acumulación de conocimientos, aprendizajes y prácticas escolares alejadas de las necesidades sentidas y de las capacidades requeridas* por la sociedad y el mundo laboral.

Por eso, *el criterio* que podrá ayudar a centrar en el hombre la fuerza educadora será considerarlo como *el ser «capaz de proyectos» pero sobre todo «él mismo como proyecto,* no ya solamente por su innata programación genética, sino también por la riqueza de su espíritu encarnado que tiende a desplegar sus virtualidades» (EEEC 1994).

Aplicación «ad intra» del proceso de educar, como desarrollo de las propias potencialidades

Sin caer en el egocentrismo o, peor aún, en el egoísmo, *el educador también debe cuidar el centrar el acto educativo en su propia persona* por un doble motivo: primero, porque reconoce su dignidad de ser humano y, además, hijo de Dios (en el caso del que es creyente): segundo, porque es «consciente de su papel coprotagónico con el educando». Así refuerza la *urgencia de autoeducarse, porque vive su vocación* (EEEC 1994, 66).

En el documento *Educación y proyecto de vida*, es sugerente el título sobre el educador: «Ser hombre para ayudar a ser hombres». Y hay dos referencias que conviene incluir

como síntesis de esta idea: «El educador percibe que su *personalidad es el instrumento privilegiado* para su tarea educativa», o sea *se educa más por lo que se es que por aquello que se dice y que se hace*» (EEEC 1994, 66).

La segunda referencia enaltece la vocación del educador que sabe que esta calificación es algo más que un añadido a su persona para indicar, en cambio, a un ser que transporta un mensaje: «traduce en sus palabras y en sus obras no la imagen de un custodio de leyes opresoras, sino *la figura señera portadora de valores eternos y un mensaje de salvación y de vida. Persona de prospectiva y de horizontes amplios. Presencia testimonial de verdades difíciles y valores arduos por los cuales vale la pena luchar y vivir*» (EEEC 1994, 66-7).

El logro progresivo del equilibrio, entre la autoafirmación y la comunicación

Jugando al ejercicio *de hacer actos para afirmarse como persona en el mundo, y hacer actos para conformarse al contacto con los demás*, el hombre va logrando el equilibrio que lo lleva a alcanzar la madurez: aprende de sí y aprende de los demás.

Es madurez lograr la equidistancia entre la masificación, que crea pautas de comportamiento que obligan acriticamente a determinadas respuestas a las situaciones que la realidad nos presenta, y el egoísmo o egocentrismo, que exaltan nuestra propia personalidad y nuestro interés descuidando personas e intereses de los demás.

Es interesante observar que la *inmadurez de los miembros adultos* de la sociedad actual *construye su existencia saltando entre sus satisfacciones egoístas y sus acomodamientos sociales*, porque masificación e individualismo son fenómenos consecuentes de una misma tendencia.

El acto educativo - por su misma esencia de constituirse al momento de entrar en juego dos actores, el educador y el educando, el docente y el discente - *marca su intención de llevar a la madurez* que afirma a las personas desde la comunicación con los demás: confrontando lo que soy y la forma en que los demás responden a similares estímulos, es como voy avanzando en mi *aprendizaje del ser*.

La revelación (descubrimiento continuo) y acción dinámica de los tres niveles: psicobiológico, psico-social, psico-espiritual

La larga historia de la humanidad nos da lecciones para ser consideradas: cada época, según sus vivencias, sus necesidades y su lugar en el eslabón histórico, tiene un tinte o acentuación que resalta un nivel o una dimensión de la persona.

El nacimiento del ser humano como ser que va tomando conciencia de sí mismo marca las etapas de una ejercitación de niveles: descubrimiento o revelación de su cuerpo y sus funciones, lo que llamamos el nivel psico-físico. Su autoafirmación lo lleva a descubrir sus instintos de conservación como fuerza de crecimiento y su instinto sexual como fuerza de reproducción y perpetuación. Herencia y ambiente son la base o raíz desde donde comienza su crecimiento.

Avanza sobre el nivel psico-social, se autoafirma a través de la competencia y hasta la lucha por su espacio y, desde su vertiente de comunicación, descubre los aspectos positivos de la simpatía, la colaboración y la solidaridad.

Por último, *descubre su más alto nivel, el psico-espiritual, donde aparecen sus grandes facultades, las que le permiten interpretar la realidad y profundizar en su propia esencia y*

destino. Más allá de las dimensiones visibles descubre la dimensión trascendente, la espiritualidad y todo el mundo de la fe y las creencias, que alienta su sed de inmortalidad. Desde el campo de la comunicación perfecciona su solidaridad con la integración y el compromiso comunitario.

Este crecimiento desde los instintos hasta la más pura espiritualidad se asemeja a una pirámide que *desde arriba es iluminada por los valores permanentes de la humanidad*, los ideales que asume según su peculiar constitución y manera de crecer, y las metas que se va fi ando a medida que camina hilvanando su historia.

Varón y mujer

Instalada desde hace pocos años una reflexión con opiniones polémicas sobre el tema del sexo y del género, y con sus implicancias ya confrontadas en documentos internacionales y legislaciones nacionales, *es importante afrontar el tema y no soslayarlo*, como en general vino sucediendo en toda la temática y problemática relacionada con la educación sexual.

Convendrá dejar asentado aquí que este tema tabú - no solamente en la Iglesia, sino en la misma sociedad - ya ha superado las épocas de prescindencia educadora: la misma Iglesia Católica ha emprendido, a través de sus directivas y de variados programas, una educación sexual que prefiere nombrar con el título de *educación para el amor*. Se trata de *cerrar el arco de la formación sexual* desde los conocimientos sobre aspectos anatómicos y biológicos, pasando por los sociales, culturales, espirituales, éticos y religiosos.

Pero las concepciones y posiciones tradicionales frente a los casos especiales o llamados *desviaciones de la naturaleza*, han generado *una nueva reflexión que comúnmente acepta dos actitudes: el respeto a las personas y la consideración no condenatoria de esta situación*.

Debe ahora ser estudiado por equipos multidisciplinarios que cumplan con algunos requisitos previos para comenzar su trabajo y llegar a conclusiones consensuadas y recomendaciones para las instituciones educativas y las familias. Entre ellos, el primero será liberar a los estudiosos de presiones publicitarias movidas por sectores que responden ya sea a grupos organizados de quienes se han sentido discriminados en el pasado o así se sienten en el presente, ya sea a los que obran con resentimientos frente a las instituciones que se oponen a los nuevos postulados exigidos.

La búsqueda de salud, no de los requisitos para ejercer la misión

Cuidado de la vida: aceptación a todos los niveles

Poner el tema de la salud como primera reflexión para tratar el tema del nuevo educador o docente responde, justamente, a la *preocupación que nos produce el ajetreo que debe sufrir la persona del maestro y profesor*, sobre todo en nuestros medios. Sigue y seguirá siendo de impacto relatar lo que en el año 1978 escuché de un docente amigo que corría con su auto para cumplir con las 100 horas de clase que dictaba en la semana, incluyendo las de educación física de los sábados y domingos, o sea, 19 horas diarias. Tres turnos. Y no se trataba de un caso aislado y excepcional.

Esto resulta explicable para los argentinos en tiempo de inflación. Cuando dirigimos nuestra atención a la salud del docente, no estamos pensando con exclusividad en su cuerpo y sus cuidados sino en su salud integral: *apuntamos aquí a la aceptación de la vida que hace el docente, en sus convicciones y en su práctica, a todos los niveles, constituido en objeto de observación por sus educandos.*

Tal vez aquí nos interesa destacar la importancia que tiene para una buena actuación profesional que el docente goce de buena salud y, aún más que esto, *una buena alimentación, la prevención de adicciones, el cuidado del ambiente, la vida al aire libre y los deportes, todo esto asumido como hábitos lo ayudan a cumplir mejor su misión y a ofrecer a los jóvenes un estilo de vida para imitar.*

Cultivo de los hábitos que mejoran el funcionamiento del organismo y maduran a la persona

Es claro que desde el principio partimos del concepto interactivo de educación, o sea, que el docente es el *facilitador de los procesos de aprendizaje que él mismo ha ejercitado y sigue ejercitando, mientras estimula a sus alumnos a asumirlos sistemática y críticamente.* Aun dentro de esta transformación en marcha, llama la atención que todavía no hayamos afrontado esta tarea importante que toca la esencia del cambio que estamos urgiendo.

Estamos dejando para una posterior programación el estudio de los hábitos que subyacen dentro de la adquisición de conocimientos y de la ejercitación de las facultades para incorporarlos. Es cierto que los Contenidos Básicos Comunes dedicados a ética y formación ciudadana, por ejemplo, vienen a cubrir esta demanda de una nueva educación para nuevas situaciones y la nueva conformación social. Pero en este tópico no nos estamos refiriendo a la formación de hábitos morales y de buen comportamiento social. Se incluyen, pero ello solo no basta. Todo esto tiene que ver con la vida sana ya mencionada, las destrezas y habilidades que ponen a punto nuestros instrumentos de operación en cualquiera de las dimensiones donde tengamos la acción.

Serán efectivos en la medida que entendamos la nueva visión de *las instituciones educadoras: como avanzadas donde se practican las virtudes que deberá tener la sociedad* y que, ahora advertimos, faltan. Para convertirse en estos espacios anticipatorios de valores y estilos sanos de vida, es indispensable favorecer el desarrollo de las facultades con que se regirán entonces y de los hábitos que fundarán las nuevas formas de pensar y vivir.

Que la intención de ejercitar facultades y hábitos sea conocida explícita o implícitamente por los alumnos no atenta contra la eficacia del proyecto educativo. *Sin embargo, es importante que el educador conozca qué beneficios reportan las asignaturas o actividades escolares desde su objeto, desde sus unidades particulares, desde sus problemas y desarrollo hacia la respuesta, en el ejercicio de facultades y en la adquisición de hábitos.*

Todo esto se tendrá que traducir en un mejor funcionamiento del organismo y de la persona en general.

Selección de destrezas y habilidades, sobre todo con relación a la vocación, carisma y misión

Una encuesta realizada por la agencia de noticias Reuters entre 1.300 directivos de diversas categorías y países, sobre todo de los más industrializados, concluye que un alto porcentaje de ellos acusa síntomas de *fatiga por saturación informativa.* Los efectos

negativos del estrés, los advierten en el deterioro de sus relaciones personales, baja satisfacción por el trabajo y retraso de decisiones importantes. Introducimos esta información aquí, porque es evidente que debemos usar una forma distinta de afrontar los contenidos que vamos a ofrecer en la escuela.

El adquirir destrezas y habilidades vale tanto para el docente como para los alumnos. Un psicólogo británico, David Lewis, nos pide usar equilibrio para procesar la información, o sea, en nuestro caso, los contenidos y las acciones concomitantes que hacen a la adquisición de recursos para que se incorporen definitivamente a nuestras personas.

Por ello, *la primera selección deberá separar los elementos que tienen relación directa con nuestro carisma, vocación o misión.* Después, con nuestra tarea, que no siempre concuerda plenamente con aquella. Alimentar lo esencial importa porque nos da, además de la seguridad de actuar en lo que somos, la satisfacción de lograr realización aun en aquellas acciones que nuestra tarea diaria no identifica con nuestros gustos y preferencias.

Adquisición de pautas de conducta a través del ejercicio de las facultades

Crear en el colegio y vivir nuestras vidas regidos por *pautas de comportamiento o de conducta* sigue siendo la forma válida de ayudar a crecer como personas. Pero solamente tendrá efecto positivo si el ejercicio de las facultades responde a un proyecto educativo que propicie una educación integral de la persona, en todas sus dimensiones y con todas sus herramientas para afrontar las situaciones que se le presenten.

Aquí defendemos una *ponderada autonomía de la escuela o de la misión educativa, para que no sea determinada por la sociedad dirigente* «para hacer ciudadanos insertados en sistemas que previamente nos dan todo pensado, o bien para hacer militantes de un régimen ideológicamente estructurado» (De Cardedal 1982, 70).

La institución educativa revisa su imagen. *¿Es personalizadora, identificadora, crítica, científica, política?* Las referencias van por la dimensión que le atribuimos al educando (el espíritu se abre a la Verdad, al Bien, al Amor, a Dios), el reconocimiento como único e irreplicable (en busca de destino y vocación), la capacidad para comprender y discernir (actuando activamente frente a los demás), la calificación con saberes objetivos (pudiendo pasar del análisis teórico a la práctica) y la sensibilidad y solidaridad ante la comunidad (conociendo sus realidades y participando en su vida).

Al rescate, acentuación o recreación de los valores para nuestro tiempo

Se puede fijar como fecha de reflexión sobre este tema crítico o neurálgico la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1945). El desentendimiento de los hombres o de las sociedades y pueblos, capaz de producir un desastre de tales proporciones, llevó a las personalidades y autoridades de todo el mundo a concertar algunas medidas que desterraran el horror de las guerras e iniciaran una nueva era de paz a través del entendimiento afirmado en algunos grandes principios que fueron aprobados por todas las naciones de la tierra. Se constituye entonces la Organización de las Naciones Unidas y se aprueban los Derechos del Hombre. Otras tablas surgirán después, para consensuar los Derechos de los Niños, los de la Mujer, etcétera.

Sin embargo, zozobran las buenas intenciones y, 25 años después, una vez más en las Naciones Unidas, por insinuaciones de las autoridades de la UNESCO, se *declara públicamente la necesidad de armar otro consenso, esta vez acordando y aprobando un Código de Ética para el hombre de nuestro tiempo*. Quedó solamente en esa expresión de deseos.

La referencia a los valores que se deberían recuperar porque habían sido olvidados, o a aquellos que se percibían débilmente practicados y debían ser acentuados en los programas sociales y, por último, a los que debían recrearse con nueva forma para responder a las exigencias de nuestra sociedad, comenzó a centrar la atención y el estudio sobre todo de las organizaciones no gubernamentales y de las autoridades de confesiones religiosas, como un aporte urgente y valioso para ser incorporados en la acción educativa.

En 1972 asistí en la Oficina Internacional de Educación Católica (OIEC, con sede en Bruselas, Bélgica) a su Congreso de Bangkok Después de una amplia consulta entre expertos, aprobó y sugirió, *para las sociedades del año 2000*, cuatro valores que sintetizaran, frente a las expectativas, las aspiraciones de la humanidad.

El primero, con rango de prioridad - hasta llegó a discutirse si no tendría que ser el único para ofrecer - , *es el respeto al otro, como semejante a mí mismo*. Respeto, frente a la violencia, la agresividad y el desprecio o descuido de la propia vida; es un alegato en favor de la dignidad personal y del otro, como hijos de Dios y depositarios de un designio personal.

El segundo valor es *la solidaridad*, para contrarrestar ese comportamiento social que impulsa al individualismo, al egoísmo, asumiendo la aventura del servicio al otro como una forma de crecimiento personal y de realización, fortificando la vida comunitaria.

El tercero es *la interioridad* (también vida interior), frente al materialismo, la superficialidad y la parcialización de la educación. Alentar la vida interior como técnica de encuentro conmigo mismo y, sobre todo, como alimento de nuestras ansias de trascendencia y de espiritualidad. Y, para los creyentes, de vivencia de su fe.

Por último, se propuso *la creatividad*: ante la complejidad del mundo que vivimos y del que se viene, estimular todas las capacidades para descubrir nuevas formas de responder a las situaciones que nos comprometen y pueden limitar nuestro desarrollo presente o futuro.

Todos han sido presentados y propuestos por otros organismos mundiales y por personalidades pensantes de nuestro tiempo. *Impresiona, por ejemplo, el llamado a la espiritualidad* que se presenta como la última tensión en el informe Delors: ¡constatación eterna! Allí, después de recomendar como noble tarea de la educación el suscitar esta elevación para la superación, termina afirmando valientemente que «la supervivencia de la humanidad depende de ello» (Delors 1996, 18).

La trascendencia, más allá de la espiritualidad del ser humano, como mecanismo de crecimiento y seguridad

La anterior referencia del informe Delors indica que, más allá de las convicciones religiosas, hay otros razonamientos que confirman en la historia de la humanidad la riqueza de la trascendencia como un mecanismo de crecimiento para individuos y sociedades. Es también constatable la seguridad que brinda a los creyentes ese sentido de infinitud y les permite abordar las situaciones con mayor serenidad.

Instalar explícitamente este tema en la escuela, no importa su signo, es una forma de ofrecer una oportunidad de profundizar el tema y ayudar a madurar a las personas.

Ciencia y conciencia. Un pueblo vive de lo que son sus ilusiones fundamentales y sus odios, temores o rechazos públicos. ¿Qué ideal de hombre forjamos en la escuela y a qué servicios conferimos primacía: al técnico, al científico, al creador, al político, al sabio, al santo, al poderoso, al misericordioso, al rico?

La búsqueda de sentido

¿Cómo pudo Viktor Frankl aceptar que la vida fuera digna de vivirse? Todo lo había perdido, comenzando por sus seres queridos; había visto destruir todo lo que valía la pena; padeció hambre, frío, brutalidades sin fin; estuvo tantas veces a punto del exterminio en el campo de concentración. Y, sin lugar a duda, lo peor ha sido el permanente y prolongado desprecio por su dignidad como persona mientras permaneció en ese régimen de esclavitud.

Alegra la noticia de que, para la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington, el libro *El hombre en busca de sentido* está considerado entre los diez más grandes libros escritos en la historia del mundo, en todos los tiempos.

Es interesante constatar - como en otros grandes libros, la Biblia, por ejemplo - que *las grandes concepciones del hombre están contenidas en relatos, porque han sido acrisoladas en la experiencia de vida.*

La apelación a este título en esta reflexión pretende insinuar un tema que no puede ser soslayado en la vivencia y experiencia del maestro. Por eso deberá ser largamente meditado por el educador y puesto ante los educandos cada vez que se necesite profundizar sobre la finalidad y el futuro.

La tarea, entre lo cotidiano y lo sublime

La aventura educadora: nuestra tarea como educadores son las libertades nacientes e incipientes, que emergen pero necesitan ser fecundadas desde el amor. Esta es la razón por la cual la tarea docente es misión y no simple profesión (De Cardedal 1982, 29)

Clave de éxito: la sintonía y la preocupación por la persona de los educandos

Enseñar, un arte y una ciencia. *La fuerte relación que se establece entre el docente y el alumno es la esencia del proceso pedagógico.* «El trabajo del docente no consiste tan solo en transmitir información ni siquiera conocimientos, sino en presentarlos en forma de problemática, situándolos en un contexto y poniendo los problemas en perspectiva, de manera que el alumno pueda establecer el nexo entre su solución y otros interrogantes de mayor alcance» (Delors 1996, 166).

«Además, la necesidad de que el maestro contribuya a la formación del juicio y del sentido de responsabilidad individual es cada vez más indiscutible en las sociedades modernas [...] *el trabajo y el diálogo con el docente son lo que contribuye a desarrollar el sentido crítico del alumno*» (Delors 1996, 167).

Su fuerza está en algunas actitudes asumidas por el educador: la *curiosidad* que contagia, la *capacidad de asombro* para mantenerse siempre joven, la *apertura de espíritu* para comprender a cualquier persona y cualquier situación. Y además los docentes deben estar dispuestos a *someter a prueba sus hipótesis* y, sobre todo, a *reconocer errores*.

El cometido manifiesto es *transmitir su afición al estudio*. Por lo tanto, resumamos su misión o tarea:

Acompañar a quienes se adentran en la vida para que, descubriendo la totalidad de lo real, descubran el *gozo* de ser hombres, y acojan la existencia no como un destino inexorable, sino como una gloria a la que respondan haciendo de su vida un encuentro permanente de amor y de agradecimiento por su don, y además una misión de transmisión para otros hombres de valor, optimismo, libertad y compromiso (De Cardedal 1982, 77).

Las rutinas que aceleran las grandes acciones educativas

Una buena organización de la institución cuida las rutinas que sirven de sustentación del proyecto educativo y del clima que se pretende lograr con la educación.

Las rutinas - caminos automáticos de eficiencia disciplinar, administrativa y organizativa - permiten que la mente de todos los agentes educativos se pueda dedicar más plenamente a cuidar las grandes acciones educativas que van por las relaciones, los fines, los aprendizajes y los proyectos.

La gran enfermedad de las instituciones de este siglo, y entre ellas la escuela, ha sido que la rutina, como instrumento o elemento accidental, se convirtió en el núcleo o centro del acto educativo, que por su misma esencia tiene que ser antirrutinario.

Es fácil entender que las rutinas se deben asociar a la adquisición y ejercicio de destrezas y hábitos, así como ritmos para el recto funcionamiento de una institución, que se cuida y controla.

La creatividad que estimula el interés y motiva al esfuerzo para crecer

Siempre ha sido apreciada la creatividad, pero a medida que nos acercamos al final de siglo y avanzamos en esta era tecnológica e informatizada *se convierte en un valor indispensable* que debe ser estimulado a todos los niveles.

Robert Sternberg nos resume el espíritu creativo en *seis recursos para la creatividad*: «*Aspectos de la inteligencia, el conocimiento, los estilos de pensamiento, la personalidad, la motivación y el entorno*» (Sternberg y Lubart 1997, 293). ¿Cuáles son las acciones para actuar todo esto? Son las siguientes:

Generar las opciones en las que los demás no piensan y reconocer cuáles son las buenas (inteligencia); saber qué han hecho los demás en nuestro campo de trabajo, de modo que sepamos qué no han hecho o qué no han pensado todavía hacer (conocimiento); tiene que gustarnos pensar y actuar de un modo creativo e ir contra la corriente, así como ver el bosque sin perder los árboles de vista en nuestro empeño creativo (estilos de pensamiento); tener la voluntad de asumir riesgos y superar los obstáculos a los que se enfrentan quienes compran a la baja y venden al alza, y seguir haciéndolo a lo largo de toda nuestra vida (personalidad); no solo nos tiene que gustar actuar y pensar contra la corriente, sino que hemos de querer empujarnos a hacerlo en lugar de limitarnos solo a

pensarlo (motivación); trabajar en un empleo, vivir en un país, o estar en relación con otros que nos permitan hacer todas estas cosas (entorno) (Sternberg y Lubart 1997,293).

Los aprendizajes: intercambio; los modelos de aprendizaje

Hoy el quicio en el que se mueve la sociedad es la cultura, en cuanto ella presupone la ciencia y la técnica, que son las que a su vez generan poder. *Por eso la organización del sistema educativo está en relación directa con el modelo de sociedad que se quiere instaurar.* Para esto la educación debe afrontar los tres planos del problema: el político, el técnico y el ético.

Frente al primero, el *político*, deberá saber que mantiene una autonomía para convertirse en instancia crítica. Supone, por otra parte, que para llegar a cubrir las demandas y expectativas debe afrontar el problema *técnico*, es decir, que están en juego eficacia y rendimiento, capacidad de gestión y de acción, recursos, etcétera. Y también es un problema *ético* porque el quehacer educativo tiene que vérselas con la persona, que siempre es un misterio, usando una libertad con todos sus avatares. Dice De Cardedal: «el hombre es el ser de la pregunta sin límites y de la respuesta limitada» (De Cardedal 1982, 172).

¿Cómo programamos el aprendizaje? ¿Cómo logramos que nuestros alumnos accedan por el aprendizaje a los conocimientos y vivencias que les queremos transmitir? Hablemos de cuatro grandes paquetes para ofrecer:

- 1) Mediante la *apropiación de saberes objetivos* logrados por la humanidad - con los que se puede conocer, dominar y adueñarse de la naturaleza - y a través de esta apropiación tomar conciencia de sí mismo como descubridor, dominador y recreador del mundo.
- 2) Mediante la *transmisión de saberes con los que ha podido darse cuenta de las realidades y situaciones vividas*, para transformarlas a través de la interpretación filosófica, la configuración artística, la ideación religiosa y la determinación ética.
- 3) Mediante la *información sobre aquellas formas de pensar y vivir la finalidad última humana*, a la que tendrá que enfrentarse el hombre, para constatar la finitud presente y para interrogarse sobre el más allá.
- 4) Mediante el *conocimiento de instrumentos de análisis de la historia y de la sociedad*, que han determinado el presente y podrán determinar el futuro.

La gran oferta de la escuela será entonces: saberes naturales, saberes culturales, saberes ético-religiosos, saberes histórico-sociales.

Es aceptado por los educadores que en el proceso de aprendizaje se genera un intercambio que convierte a los docentes en receptores de aprendizajes tanto por la misma participación activa de los jóvenes como por la investigación sobre los temas programados, que abre nuevos horizontes.

Una forma de hacer más atractiva la tarea de aprendizaje es la utilización de todos los modelos que se necesiten para cada caso. Sin abandonar totalmente la tradicional clase magistral, unidireccional, deben activarse todos aquellos modelos que hacen participar a los alumnos en forma interesada y dinámica.

Las grandes síntesis al término de cada etapa del sistema, de acuerdo al nivel

La actual realidad no favorece ni las síntesis ni, menos, la grandes síntesis, tan necesarias para tomar decisiones y detectar si la marcha emprendida es correcta. Los estudiosos deben prolongar la etapa del análisis. Y las mayorías prefieren quedarse en el primer paso del pensamiento, donde se globaliza un problema y se avizoran pistas de solución.

Este tema tiene que ver con la *evaluación educativa, como un elemento cada vez más importante para programar acompañar la marcha y medir la eficacia de las acciones emprendidas*. Pero la evaluación en sí, si no se lo propone deliberadamente, no agota la instancia de realizar las síntesis que van marcando etapas de una historia, de una vida, de un aprendizaje, de la realización de un proyecto.

Para el docente educador, es importante aplicar todo ello no solo a su tarea o misión, sino también a su persona, que ejerce su vocación como proyecto de vida.

Estimulación de la autoemulación, más que la heteroemulación

Pretender eliminar la competencia entre los seres humanos es negar uno de los elementos históricos que marcan el estilo de vida. Pero si realmente nos interesa personalizar la educación, dándole identificación y sentido a cada individuo, debemos revisar nuestra práctica educativa.

Supere sus propias marcas es una buena frase para pintar lo que queremos decir en este momento: la mejor competencia, no para efectos inmediatos sino para el largo plazo, es la que puedo hacer conmigo mismo, comparando los resultados que voy logrando con mi esfuerzo y las mejores marcas que conquisto. A esto lo llamamos *la autoemulación*.

Aceptar la autoemulación es aceptar que debemos observar los diferentes ritmos de cada alumno, por lo tanto los tiempos escolares tendrán que ser administrados con fórmulas más flexibles, para que cada alumno pueda desempeñarse de acuerdo al estilo de aprendizaje y de trabajo que vaya descubriendo como más efectivo para su avance.

El mismo docente no se libra de la competencia, de la *heteroemulación*, en su vida profesional. No se trata de eliminar esto sino de dosificarlo, dándole equilibrio a lo que ayuda a socializar y a lo que ayuda a identificarse.

Rasgos ideales para imaginar un profesional de la educación

El educador es aquel que cree en la capacidad fundamental del ser humano para llegar a sí mismo, para sospechar la verdad desde su entraña, para descubrir el Misterio en el fondo de la realidad y una vez descubierto ir tras él, preguntarle su nombre, adivinar su rostro y una vez habiéndole mirado a los ojos, volverlos hacia su interior extenderlos hacia su exterior y recrear todo el vivir y el hacer padecer y desistir desde esa dimensión espiritual (De Cardedal 1982, 44)

**Calificaciones para un perfil (del educador cristiano pero extensivo a todo educador de buena voluntad):
ilustrado, sabio, testigo, protagonista**

Elegimos cuatro calificaciones que pueden sintetizar el perfil que pedimos para el educador cristiano, pero que resultan válidas para cualquier educador de buena voluntad, que participa de una cosmovisión similar.

Ilustrado. Partiendo de la competencia mínima otorgada por el título conseguido, el docente sigue creciendo en sus saberes, los del conocimiento de su especialidad o disciplina y los que hacen a una mejor integración dentro de la comunidad educativa. La etimología de la palabra ayuda a recordar su contenido: es el que sabe seguir iluminando su persona y su vocación, para mantener vigencia y eficacia.

Sabio. Indica un estadio superior al de la Ilustración. El docente comienza a gozar de esta calidad cuando descubre que es capaz de ir gustando tanto las bondades de los saberes como la contemplación de la armonía, de las raíces, de las fuentes, de la historia. Y esto le da la capacidad de saber discernir y decidir con serenidad y seguridad.

Testigo. A pesar de las limitaciones humanas, el docente se debe convertir en la persona que es capaz de vivir en la coherencia entre sus convicciones, creencias y modos de obrar. La Imagen del docente testigo lleva a pensar en los lenguajes no verbales que arrastran más que las palabras o las normas. Tal vez más que el intento de presentarse como una persona perfecta, sea más interesante que muestre a un peregrino que lucha, cae, pero se levanta y no pierde su destino.

Protagonista. Comprometido dentro de la institución educativa, más allá del cumplimiento del deber rentado y del tiempo establecido por entenderla como una prolongación tanto de la casa como de la comunidad que lo cobijan.

Virtudes para resaltar y cultivar en el educador de estos tiempos

En realidad bastaría cultivar a fondo, con convicción, una sola virtud para gozar de las bondades de todas las virtudes. Y esto puede ser punto para la reflexión de cada docente educador: elegir aquella virtud - o sea, fuerza atrayente que lo impulsa a realizarse - y a partir de allí avanzar sin agobiarse por sus carencias y las dificultades que le impiden lograr sus objetivos.

Sin embargo, en la larga experiencia con constante observación que hemos hecho durante nuestra práctica docente, podemos enumerar algunas que acaban por identificar a aquellos docentes que son recordados y admirados por sus alumnos.

Ya hemos mencionado la *coherencia*, que produce en el observador un sentimiento de complacencia porque aprecia la armonía que existe entre lo que dice, lo que hace y lo que vive el docente.

Otra de las virtudes que debe tener en su mira el educador es la *comprensión*, que indica su esfuerzo por meterse dentro del alma de sus educandos para entender cómo están captando y viviendo su vida.

Sería bueno hacer emerger una condición o elemento de la comprensión: la *sintonía y el afecto hacia los alumnos*. En las encuestas de adultos se destaca que estos recuerdan como mejores maestros a los que establecieron una relación de afectividad, preocupándose de ellos como personas.

El discernimiento, o la capacidad de discernir, es una consecuencia grata de la sabiduría. Si a las virtudes anteriores agregamos una buena capacidad de observación serena de la realidad y de las situaciones que generan las confrontaciones sociales, ya sea de grupos, ya de individuos, entonces se tendrá una visión mucho más clara del cuadro de realidad que se analiza y de las opciones o decisiones que se deben tomar.

Los grandes valores - respeto, solidaridad, interioridad, creatividad - son a la vez complementos valiosos para construir el perfil del docente que podemos soñar para nuestras jóvenes generaciones.

Acciones: observar, investigar, organizar, facilitar el aprendizaje, estimular la comunicación y la participación

Entre los verbos que se recomiendan ahora para indicar el tono de la acción educadora se ha elegido el de *facilitar* atentos a la tarea del *educador como facilitador de aprendizajes*. No aparece esto tan sublime como aquella imagen que tradicionalmente se tenía de los maestros de otros tiempos, pobres pero llenos de dignidad. Lejos quedan las clases magistrales, los tradicionales modelos de impartir enseñanza, la aceptación pasiva y memorizada de conocimientos, etcétera.

Sin embargo, una reflexión progresiva, más rica, sobre la educación y - ya dentro del problema - sobre el papel del que recibe la educación ha demostrado que el educador debe aceptar con modestia y con alegría que es una mejor etapa de madurez social lo que nos marca a la sociedad ofreciendo, proponiendo más que imponiendo conocimientos, normas o pautas de comportamiento.

Todas las acciones indicadas en este subtítulo - observar, investigar, organizar, estimular la comunicación y participación - se pueden englobar en el concepto de *educador animador* de un proyecto educativo.

Mensaje final para el educador

La aventura educadora será bella cuando estemos apostando claramente por el hombre, ayudándonos todos a profundizar en qué hábitos, actitudes y aptitudes se cimentará su crecimiento y madurez. «En tiempos en que el desencanto de utopías y programas nos incita a todos a desistir de hacer de nuestra vida una bella y generosa aventura del espíritu en el mundo, resignándonos a todo, tanto a la injusticia como al sinsentido, tanto al desorden exterior como a la indignidad interior, surge un nuevo y claro reto al coraje de los educadores para que presenten ante los jóvenes el bello testimonio de proclamar la justicia, la verdad, el amor» (De Cardedal 1982, 51).

En el Curso de Rectores de febrero de 1996, a propósito del educador responsable, profundizamos una reflexión extensa sobre los motivos de la esperanza, constituyéndola a ella misma en el motor o energía para darle alas y aliento a cualquier transformación educativa. Surgieron, así, las *Buenaventuras del educador* (adaptación sintética de la «Bella Aventura de educador cristiano», en De Cardedal 1982, 83-4):

- 1) Bienaventurado el educador que modela con ilusión el barro humano...
- 2) Bienaventurado el educador que no vive preso de su propia historia...
- 3) Bienaventurado el educador que mantiene el amor y la esperanza...
- 4) Bienaventurado el educador que no retiene y alegre impulsa el vuelo...
- 5) Bienaventurado el educador que vive esfuerzos y sufre trabajos por los otros...
- 6) Bienaventurado el educador que en el amor dice la palabra a tiempo y a tiempo guarda silencio...
- 7) Bienaventurado el educador que lee con pasión los signos de los tiempos...
- 8) Bienaventurado el educador que lega a los demás paz, justicia, libertad, pureza de corazón...

- 9) Bienaventurado el educador que no sucumbe al desaliento, cualquiera que sea...
- 10) Bienaventurado el educador que puede decir: «Señor, hemos realizado tu obra»...
- 11) Bienaventurado el educador que se arriesga en la conquista de todos los valores...
- 12) Bienaventurado el educador que transmite la noticia de un Dios solidario...
- 13) Bienaventurado el educador que sabe dar razón de su esperanza...
- 14) Bienaventurado el educador que cultiva día a día su vocación.

Bibliografía consultada

- Botkin, J. W., M. Elmandjra y M. Malitza. 1979. *Aprender: horizonte sin límites*. Informe al Club de Roma. Madrid: Santillana, Aula XXI.
- De Cardedal, O. G. 1982. *Memorial para un educador*. Madrid: Narcea.
- Delors, J. 1996. *La educación encierra un tesoro*. Informe a la UNESCO, 17 de enero de 1996. Madrid: UNESCO, Santillana.
- Equipo Episcopal de Educación Católica (EEEC). 1994. *Educación y proyecto de vida* - Buenos Aires: Oficina del Libro CEA.
- Faure, E. 1973. *Aprender a ser*. informe a la UNESCO, 18 de mayo de 1972. Santiago, Chile: UNESCO, Editorial Universitaria.
- Frankl, V. E. 1996. *El hombre en busca de sentido*. Madrid: Herder.
- Sternberg, R. J. y T. I. Lubart. 1997. *La creatividad en una cultura conformista: Un desafío a las masas*. Barcelona: Paidós.